

que ahora estudiamos que debió ser, el lugar de enterramiento de las gentes, que a lo largo de los años, habitaron en el cerro próximo, excavado en 1946. La cercanía de ambos cerros, de topografía similar, hace que se les denomine de igual modo “El Castejón”. Figura 1.

Este topónimo, significa sencillamente mogote, fortaleza o castillo ya que su silueta lleva a pensar en ello, y tal asociación hace que sean topónimos repetidos en otros lugares de Navarra, es el caso del *Castejón* de Bargota; el *Castillo* de Larraga y *Castejón* o el *Castillar* de Los Arcos, Mendavia y Lodosa, entre otros.

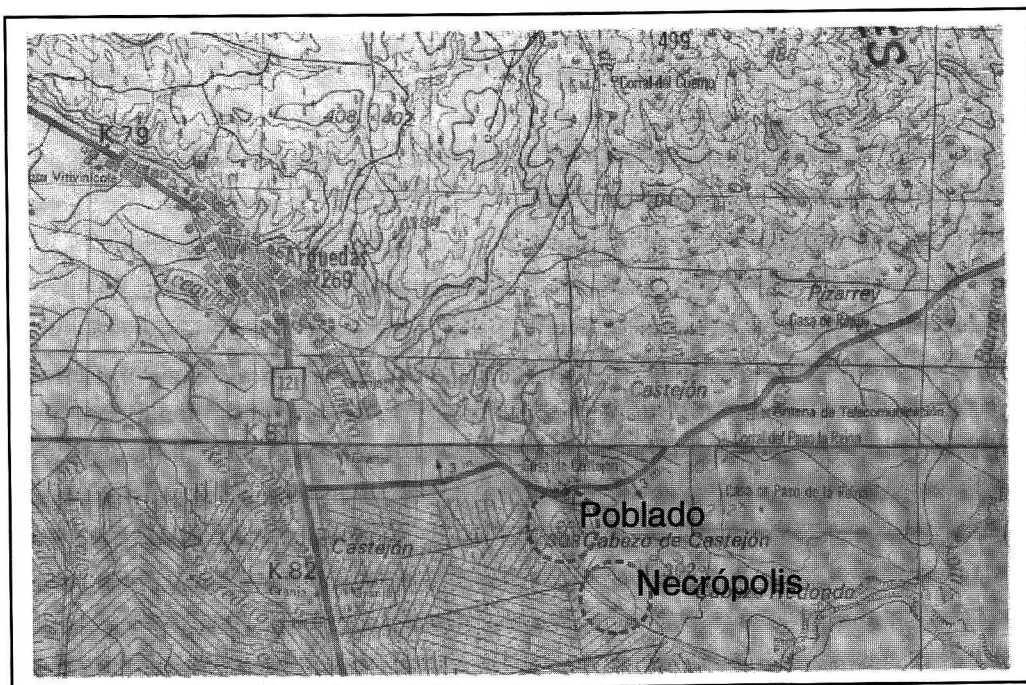


Figura 1.- Emplazamiento del poblado y necrópolis de “El Castejón”.

Tienen en común estos lugares la semejanza topográfica, propia del momento, que consiste en ser pequeños altozanos, de cumbre amesetada, con agua en proximidades, desde los que se disfruta de una buena panorámica, así como de tierras fértiles para la agricultura y aptas para el ganado.

## II) .- EL POBLADO

### 1.- Introducción.

La primera noticia sobre restos arqueológicos en este lugar, se debe a D. Jesús Etayo quien, en 1926, describe en el Boletín de la Comisión de Monumentos, los restos recogidos en superficie. Años mas tarde, en 1946, Blas Taracena y Luis Vázquez de Parga, serán quienes se encarguen de realizar la primera intervención arqueológica en el lugar, para determinar su importancia ( Taracena, B. Vázquez de Parga, L. 1947).

## 2.- Consideraciones sobre su emplazamiento.

El cerro El Castejón con su aspecto de fortaleza, es una de las últimas estribaciones del paisaje bardenero y desde su cima, a 70m. sobre la llanura circundante, se domina la vega del Ebro que discurre mansamente a unos cuatro kilómetros, figura 1y 2. Como bien anotaban los citados autores, el emplazamiento en alto les libraba de las inundaciones que con frecuencia hacían que el agua llegara a su base. La topografía del cerro es la habitual en los asentamientos de esta época, como decíamos: una pequeña elevación con dos escalones en perfil y una superficie, en este caso de dos hectáreas, de las cuales la ocupación real debe suponerse más reducida.

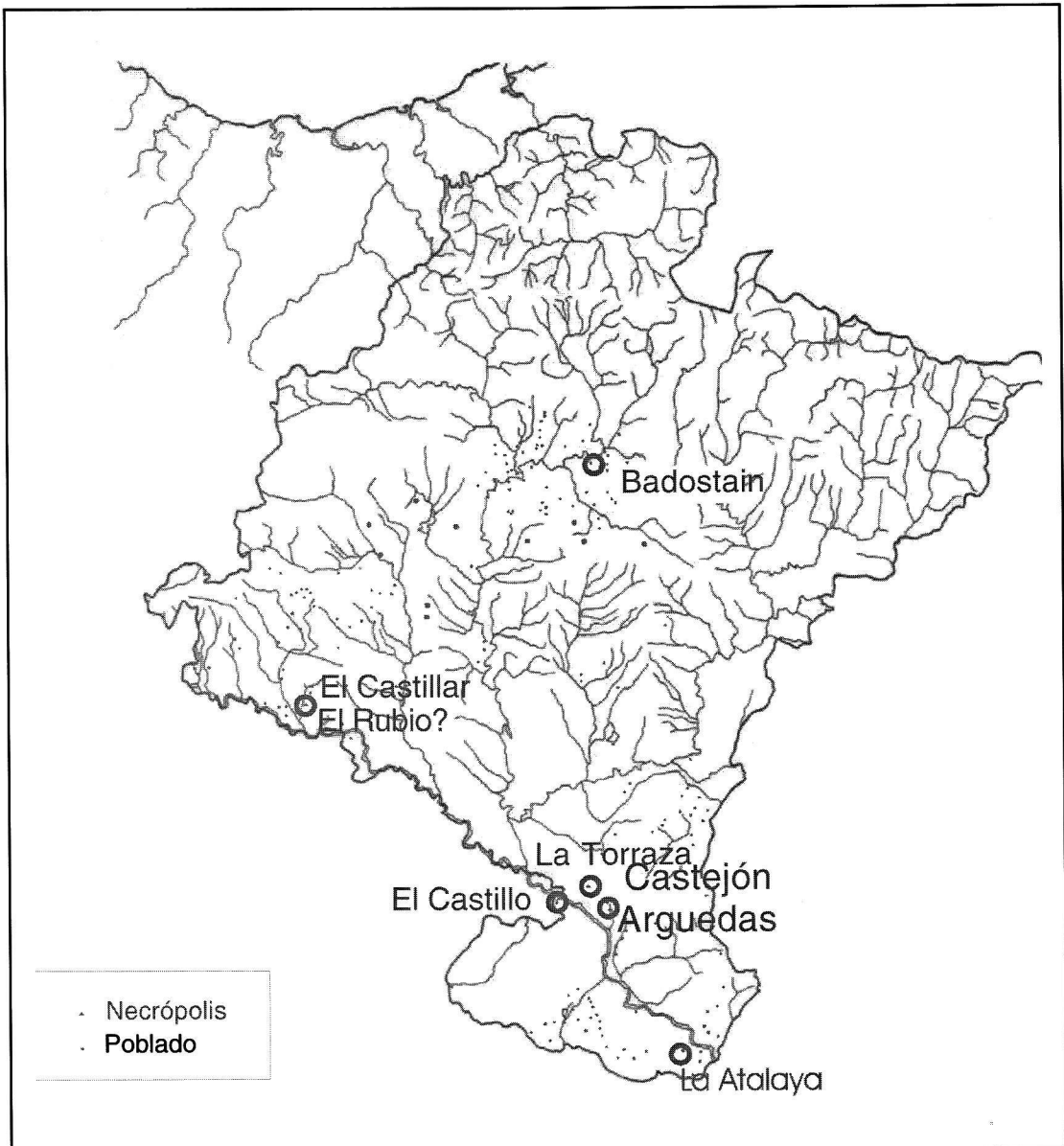


Figura 2.- Situación de Campos de Urnas y núcleos de población protohistóricos en Navarra.

La elección de este lugar parece obedecer tanto a razones prácticas, librase de las crecidas del río, a las que acabamos de referirnos, como estratégicas, es una zona de paso, al amparo del río Ebro, vía de comunicación de excepción<sup>2</sup> y económicas: las ventajas que se derivan de una buena comunicación.

Sabemos que los habitantes de El Castejón no estuvieron solos, tenemos datos que nos indican la ocupación de otros lugares próximos que reúnen también las condiciones adecuadas y que surgieron por las mismas razones, a la vera de esta zona de paso que controlan, y a través de la cual, reciben las novedades que por ella llegan.

Entre estas novedades está la de un rito de enterramiento que consiste en la cremación del difunto con sus pertenencias. Los restos de tal acto suelen ser introducidos en una urna, y depositados de distintos modos en la tierra, dando lugar a los Campos de Urnas.

En Navarra tenemos conocimiento de siete necrópolis excavadas de Campos de Urnas, cuatro de ellas, como podemos ver en la figura 2, se localizan a corta distancia del Ebro, próximas entre sí, parece que a estas podrían añadirse otras dos más que se encuentran en el término de Mendavia; la quinta, de localización reciente, está en la Cuenca de Pamplona. Su descubrimiento supone la confirmación de que tal rito de enterramiento, alcanza a las gentes protohistóricas alejadas de la vía del Ebro.

En la citada figura 2 hemos señalado también el emplazamiento de los asentamientos de este periodo protohistórico para dejar constancia de la densidad ocupacional durante la protohistoria, y la mencionada desproporción existente entre asentamiento/necrópolis.

### **3.- Trabajos de campo. 1946**

La actuación arqueológica, a cargo de Blas Taracena y Luis Vázquez de Parga, se concibió a modo de catas exploratorias y afectó, en distintos puntos de su perímetro, tanto a la plataforma superior del cerro, como al escalón inferior.

A las zanjas se las denomina “exploración” y se realizan: exploración A, B, C y D.

La exploración A se abre en la plataforma inferior, en su lado sur. Se localizan en ella los muros en la disposición que vemos en la figura 3, levantados en piedra, mampostería asentada con barro. La más completa de las habitaciones tiene 3,50m. de ancho, y estuvo revestida de estuco rojizo. Se alcanza en este punto una profundidad de 1,50 m. de los cuales una buena parte son los restos del incendio que sufrió el lugar.

La exploración B se abrió en la parte alta del cerro, son unos 100 m<sup>2</sup> en los que salen a la luz tres débiles muros en la disposición que podemos ver en la figura 3. En el

---

<sup>2</sup> Es evidente que los ríos fueron las primeras vías que aprovechó el hombre desde la prehistoria. Sabemos por los testimonios escritos de los clásicos, que el Ebro fue navegable desde su desembocadura hasta Vareia constituyéndose en una ruta de penetración importante por donde llegan innovaciones culturales desde centroeuropa y el Mediterráneo.

texto se habla de habitaciones pero la anchura que advertimos no parece que pueda tratarse de tales. Es la primera hilada de una construcción, supuestamente romana, cuya

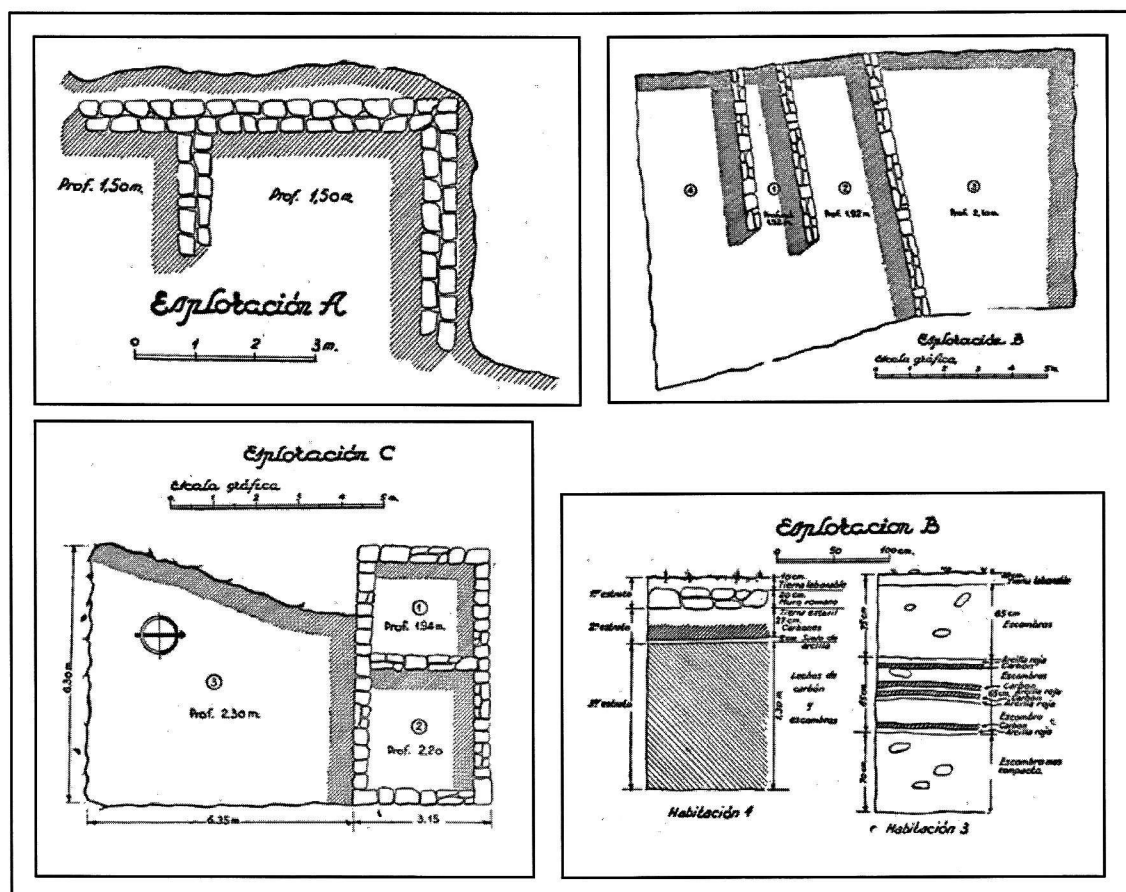
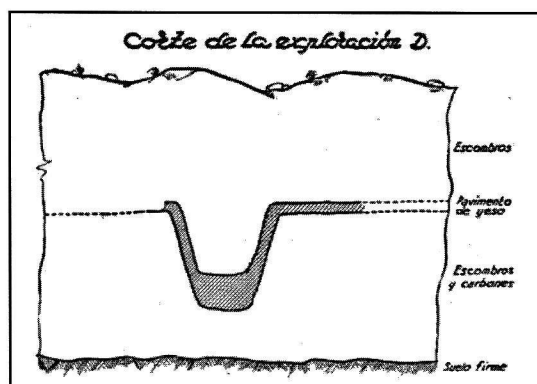


Figura 3.- Zonas excavadas por Taracena y Vázquez de Parga en El Castejón de Arguedas, 1947.

disposición originaria no puede determinarse. De nuevo se documenta una capa de incendio debajo del nivel romano que reposa en un piso de arcilla y por debajo hay un estrato de más de un metro, formado por lechos de carbón y escombros: se identifica con el nivel que ocupó la población indígena. Los restos recuperados indican que levantaron sus casas en muros de adobe con madera de olmo, en planta rectangular.



La exploración C se abre en el nivel inferior del cerro en su parte noroeste, con 52 m<sup>2</sup> ya que los muros eran visibles en este punto. En la figura 3 vemos el croquis realizado y advertimos que no cambian las consideraciones en cuanto a la técnica de los muros y la estratigrafía encontrada en los lugares anteriormente descritos.

La exploración D afectó a la parte alta del cerro y en ella se identificó una po-

Figura 4.- Esta es la única referencia a la actuación en este punto. Taracena, Vázquez Parga, 1947.



sible habitación. En la estratigrafía correspondiente, se advierte la presencia de un silo hecho en yeso con la disposición que podemos ver en la figura 4.

Como conclusiones recogen sus autores que la secuencia estratigráfica es similar en todas las zonas excavadas así el nivel superior pertenece a una población romanizada cuyos restos se limitan a algunos muros y residuos de ajuar que, aunque escasos en número, permiten una datación del siglo I al III-IV d. C.

Una capa estéril marca la separación de este nivel romano y el siguiente del que solo queda una capa de carbón que se asienta en un suelo de arcilla. A juzgar por el material recogido, es un nivel de ocupación prerromana que usaba recipientes torneados.

El nivel inferior, con una potencia de 1,30 metros es lo que queda de la población que durante la I Edad del Hierro ocupó este espacio. Es la formada por carbones y escombros con abundantes restos de ajuar, sobre todo cerámicos.

Además destacan que el lugar no estuvo fortificado y este hecho junto a la sencillez de las estructuras y del ajuar recuperado, les lleva a considerar que fue un enclave de escasa relevancia.

Dada la reducida superficie excavada, se lamentan sus autores, que resulta imposible definir el trazado urbano pero si cabe señalar que la ocupación prerromana estaba formada por un poblado de cabañas hechas con ramas y barro, sustentadas con troncos de olmo.

#### **4.- Análisis de los materiales**

Los materiales recuperados durante la excavación, fueron depositados al terminar su estudio en el Museo de Navarra, después de haber sido restaurados, en parte, en el Instituto de Restauración de Madrid. Hemos procedido a un análisis completo de los restos<sup>3</sup>, ya que años atrás pudimos hacerlo con los materiales expuestos en las correspondientes vitrinas del Museo de Navarra (Castiella, A. 1977).

En la actualidad este material se encuentra en los fondos del Museo de Navarra, repartido en doce cajas, que contienen casi un millar de fragmentos y piezas. En su interior hay alguna “caja antigua”, y hemos podido constatar que las notas “originales” en las que se indican la fecha, procedencia y profundidad a la que se encontró el material, no se corresponden con el contenido actual. Hay cajas con varias notas que indican fechas y procedencias distintas, y otras no tienen referencia alguna. A la vista de este hecho, hemos de admitir que éramos conscientes que nos disponíamos a estudiar un material cuya referencia espacial no era correcta y que nos iba a ser útil tanto en cuanto pudiéramos determinar las variedades existentes y su proporción numérica y poco más.

Al profundizar en su estudio, pronto advertimos que en el proceso de excavación no se recogía todo, sino que se conservaron solo fragmentos metálicos (informes en su

---

<sup>3</sup> Queremos agradecer a M<sup>a</sup> Luisa García las atenciones prestadas en el proceso de estudio, que hicieron más fácil nuestra labor.

mayoría) y los fragmentos cerámicos de buen tamaño y vasijas más o menos completas, o los que estaban decorados, o eran las partes correspondientes a bordes, asas y fondos, mientras que los de pared, que suelen ser los más numerosos, sencillamente no los recogieron, no tenían interés, por eso son tan escasos. Estamos pues ante un material seleccionado y sin referencia al lugar de procedencia pero, a pesar de todos estos condicionantes, lo llegado hasta hoy, creemos que es bien representativo de la realidad ocupacional que lo generó.

## A.- Cerámica

Con harta frecuencia comprobamos en las excavaciones que la cerámica es el resto de ajuar más abundante y este caso no es una excepción a pesar de la selección efectuada. Analizamos a continuación las variantes representadas:

**A.1. Medieval.** Está concentrada en una pequeña caja y pronto advertimos la selección realizada ya que se limitaron a recoger, algunos bordes correspondientes a tres o cuatro platos de contornos ondulados, conocidos como platos para la sal, cuyo aspecto y perfil podemos ver en la figura 5 y un buen número de asas, en vedrios melados y verdes, figura 6. Junto a estas piezas algunos fragmentos de ollas de uso común como la que reproducimos en la figura 7.

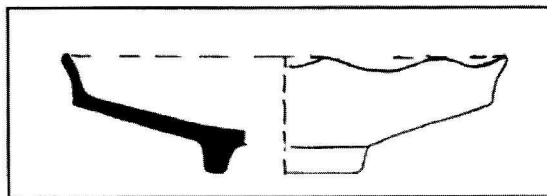
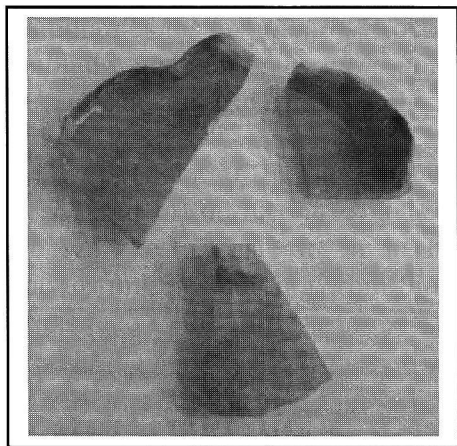


Figura 5.- Plato vidriado de bordes ondulados, recuperado en el poblado.

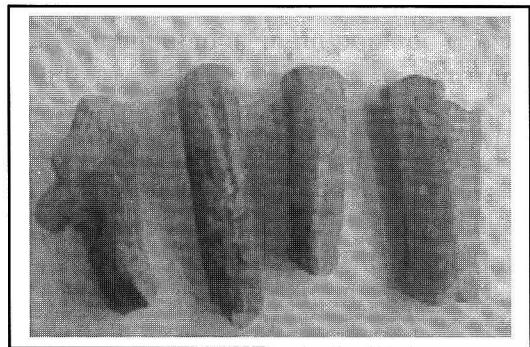


Figura 6.- Asas con vedrios de distintos tonos e idéntica procedencia.

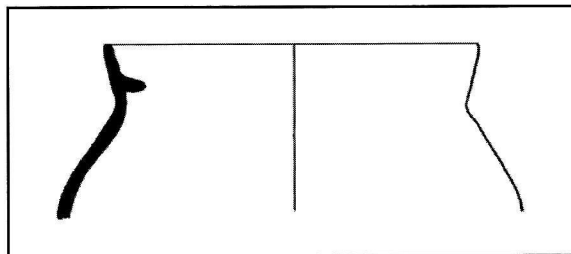


Figura 7.- Borde de ollita de uso común.

**A.2. Romana.** La producción romana es abundante a pesar de la selección que se hizo, están representadas las variedades de:

**Pigmentada:** como tal hemos identificado treinta y siete fragmentos repartidos en cuatro cajas. Son siempre de tamaño pequeño, como podemos comprobar en la figura 8 y responden a vasijas tanto de paredes finas como gruesas, entre las que quizás se encuentra un fragmento de la forma 7, según la tipología de Unzu (Unzu, M. 1979).

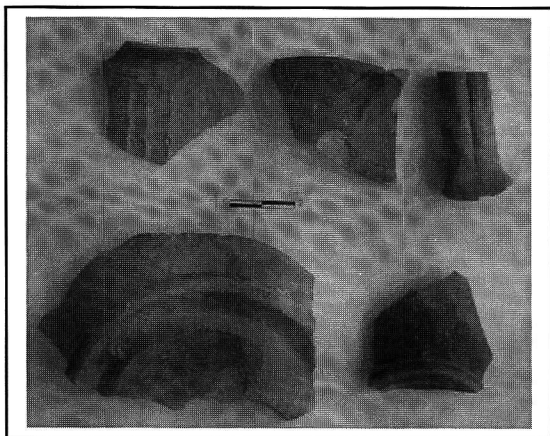


Figura 8. Fragmentos de recipientes de la variedad pigmentada.

**Común:** Bajo este epígrafe consideramos las piezas realizadas en arcilla de coloración clara, poco decantada, que se empleaba para modelar recipientes destinados a fines como almacenaje, tanto de líquidos como sólidos. Fue una producción muy abundante prueba de ello es la presencia de un elevado número de bordes propios de las dolia y los característicos fondos planos y gruesos de estas vasijas de almacenaje.

**Sigillata.** Este conjunto numéricamente es muy abundante a pesar de que, como decíamos, en la selección del material, han recuperado, casi en exclusiva los fragmentos decorados. Los encontramos repartidos por cuatro cajas y suman un total de sesenta y cuatro fragmentos. Salvo un recipiente completo, correspondiente a la forma 24/25, figura 9, el tamaño de los fragmentos es siempre muy reducido como podemos ver en las correspondientes figuras. Entre ellos están bien representadas piezas del siglo I y II, figura 10 y 11, y del siglo IV, figura 12.

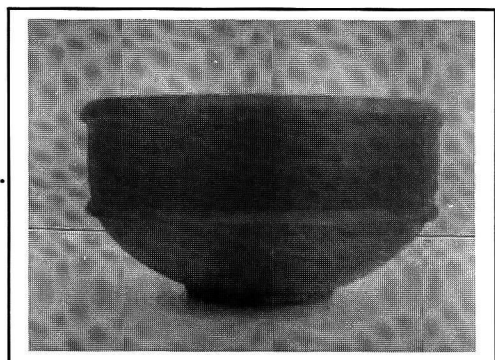


Figura 9.- Recipiente de la forma 24/25.

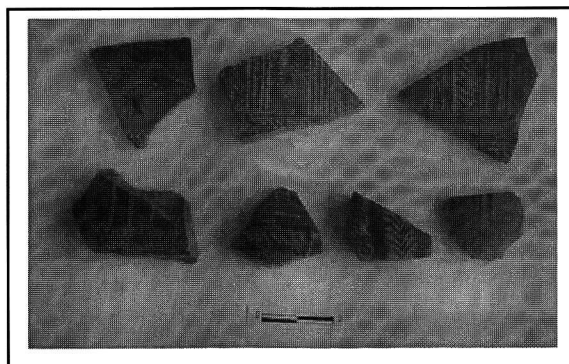


Figura 10.-Fragmentos de *sigillata* de los siglos I y II, varios corresponden a la forma 29.

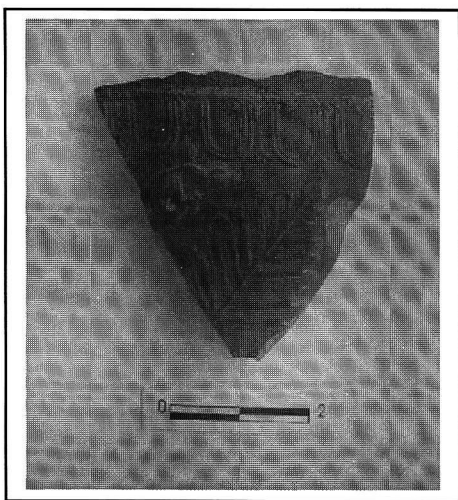


Figura 11.- Fragmento de la forma Dragendorff 30.

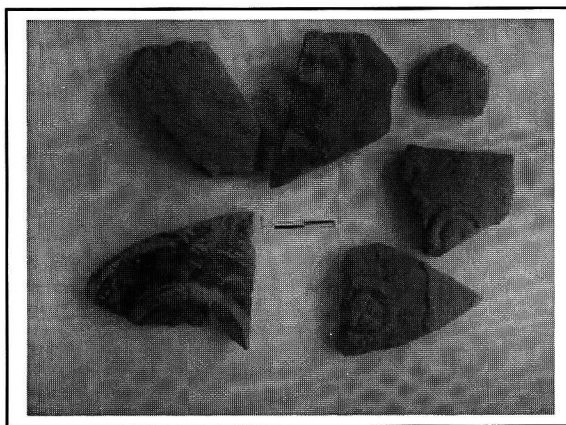


Figura 12.- Fragmentos de *sigillata* hispánica del siglo IV, forma 37 tardía.

Además destacan dos fragmentos de fondos con sendos grafitos que representan en el caso de la figura 13 tres letras capitales I, D, invertida, y una C y en el de la figura 14 una palma

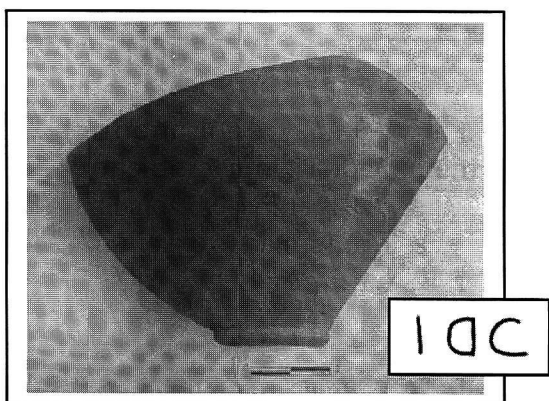


Figura 13.- Fragmento de *sigillata* con grafito.

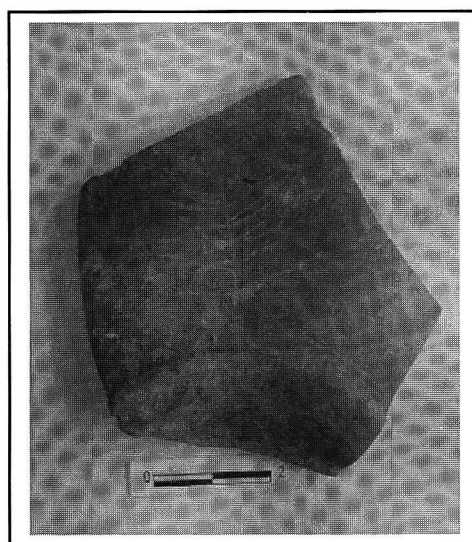


Figura 14.- Fragmento de *sigillata* con grafito.

Aunque no sean recipientes cerámicos, incluimos en este apartado dos piezas elaboradas en arcilla que son por otra parte muy frecuentes en los lugares romanos, nos referimos a las pesas de telar y los ladrillos. Las pesas de telar están representadas por un ejemplar que, como podemos ver en la figura 15 tiene como nota a destacar una marca de propiedad en la parte superior, hecho por otra parte frecuente en este tipo de piezas, como señalan Lorrio y Burillo (Lorrio A. J. 1997, 249 y Burillo, F. 1998, 290).



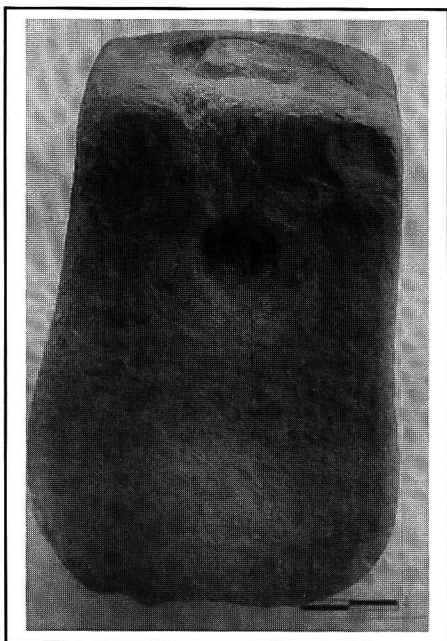


Figura 15.- Pesa de telar con marca de propiedad.

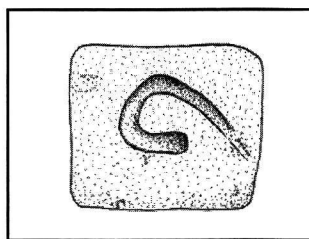


Figura 16.- Fragmento de un ladrillo para pavimento.

Un modo habitual y sencillo a la vez, de cubrir los suelos, era con este tipo de ladrillo liso, hecho con arcilla y cocido en horno, a no alta temperatura, que permitía un pavimento consistente, figura 16, aunque había modos más lujosos de hacerlo, como son los mosaicos, pero no se ha documentado resto alguno que permita pensar en su existencia.

**A. 3. Edad del Hierro.** La cerámica clasificable en esta época es sin duda el grupo más numeroso. En él vamos a diferenciar las producciones de la I y II Edad del Hierro. Respetando el orden cronológico que estamos siguiendo, comenzaremos por la producción de la II Edad del Hierro, que es la que está en uso, cuando llegan los romanos. Esta variedad presenta la novedad de estar hecha a torno rápido circunstancia que permite modelar un mayor número de formas, requiere una mejor selección de la arcilla, que unido a la utilización del horno a temperaturas altas y constantes, proporcionan una producción de mejor calidad.

Esta mejora técnica alcanza la zona en estudio desde el ámbito ibérico y se manifiesta en una producción de muy buena calidad con una mayor variedad formal, pero austera en cuanto a los motivos decorativos que exhibe. En este punto, contrasta con la riqueza y variedad ornamental que conocemos de producciones similares de zonas próximas. De hecho solo tres pequeños fragmentos, que reproducimos en la figuras 17 ostentan motivos no lineales, aunque, dado su reducido tamaño, no podamos completar su diseño.

En las figuras 18 a 22 hemos reproducido los más significativos que corresponden a vasijas de tamaño medio y pequeño. En las figuras 18, 19 y 20 agrupamos aquellos que presentan el característico borde de pico de pato, recipiente de tamaño medio que sirven de almacenaje y son muy frecuentes en este momento junto a fragmentos de otros recipientes, también de tamaño pequeño como el cuenco, Forma 1



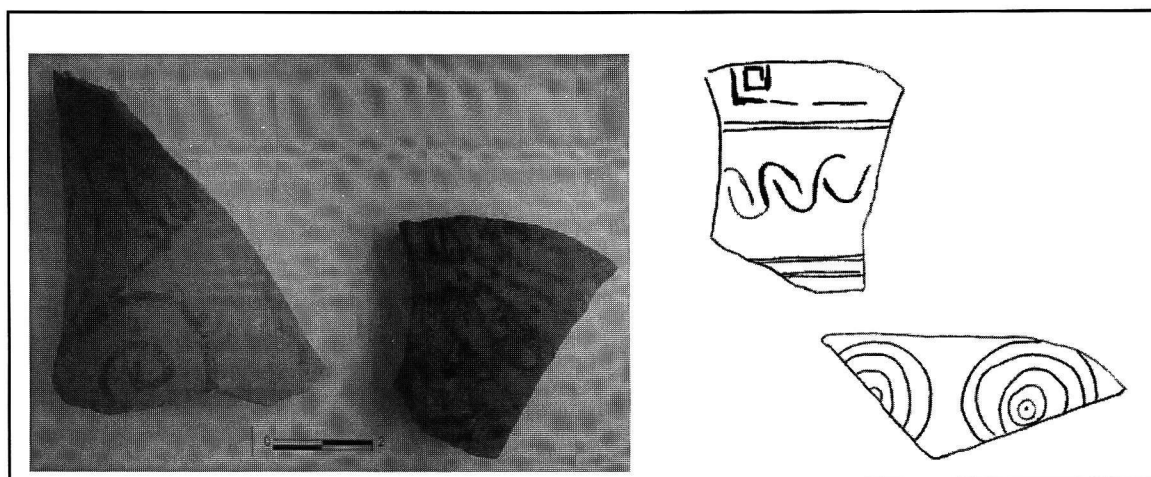


Figura 17.- Fragmentos decorados.

de la tipología de Castiella y bordes de ollitas pequeñas, habituales en esta variedad. Por otra parte, en la figura 22, reproducimos los fragmentos estudiados años atrás entre los que se encuentran el fragmento con decoración, cuya foto reproducimos en la figura 17.

Hemos comprobado en algunos lugares de la Comunidad Foral de Navarra, que el hallazgo de cerámica celtibérica no es numéricamente muy abundante respecto a la manufacturada e incluso a la romana. En el caso de El Castejón, sabemos que la selección realizada a la hora de conservar el material parece orientada a recuperar fundamentalmente los bordes y fondos y fragmentos decorados, circunstancia que pudo incidir en el reducido número de fragmentos de esta variedad.

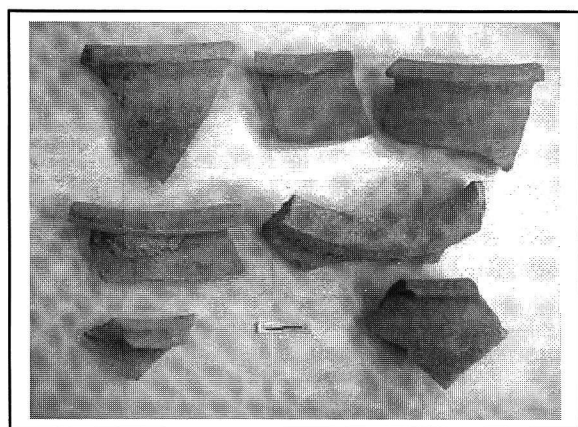


Figura 18.-Fragmentos de bordes de tinajas

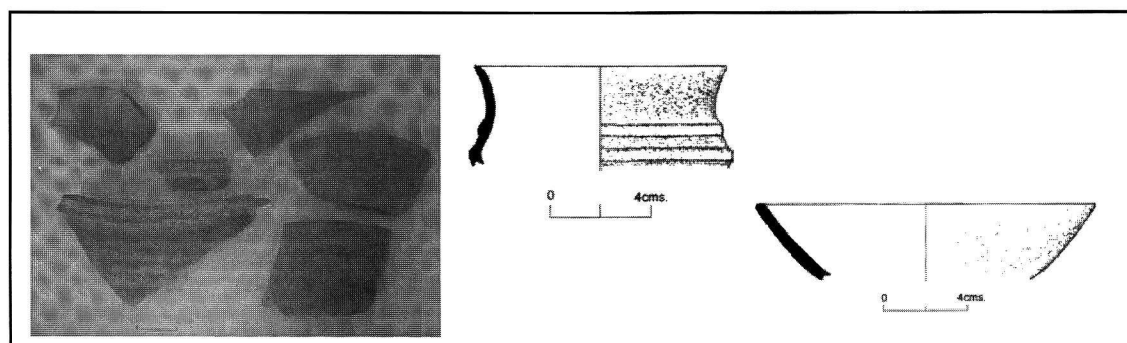


Figura 19.- Fragmentos de bordes de tinajas y recipientes pequeños.

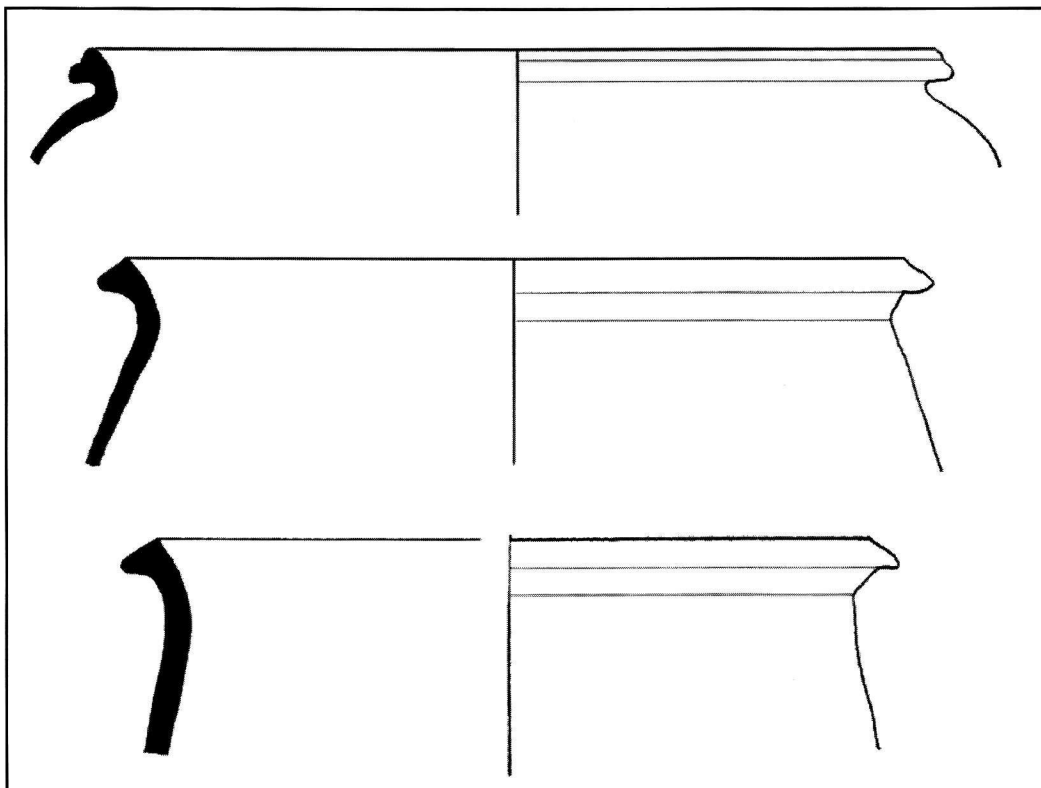


Figura 20.- Bordos de distintos recipientes de tamaño medio

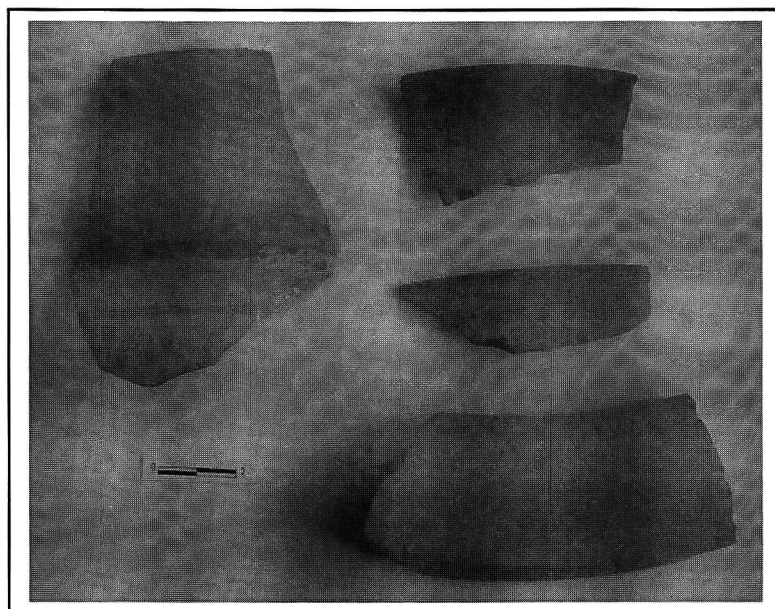


Figura 21.- Fragmentos de recipientes pequeños de la variedad celtibérica.

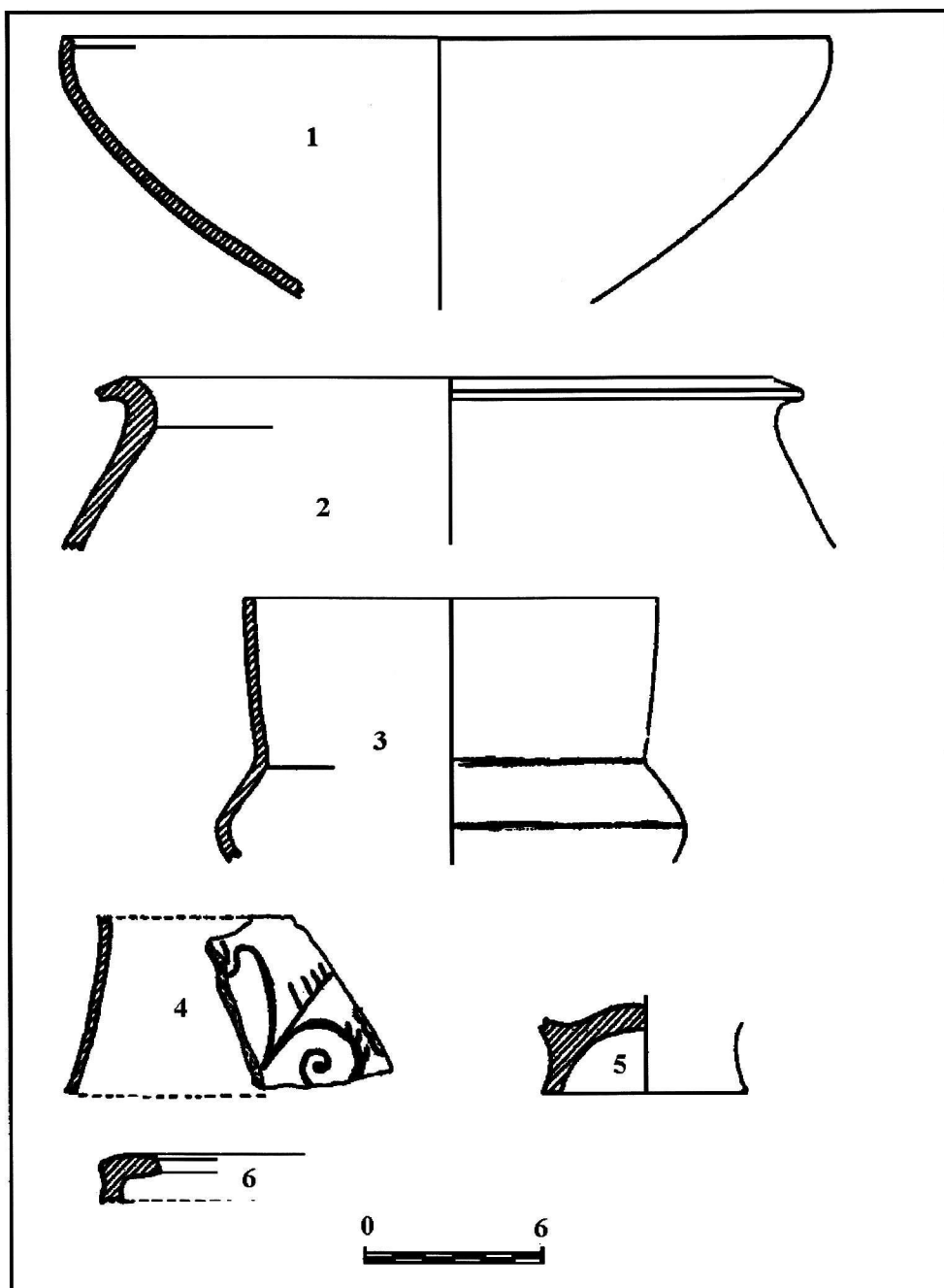


Figura 22.- Fragmentos de recipientes celtibéricos según Castiella, 1977.

Entre el material estudiado encontramos el fragmento de un borde que lleva un claro grafito en escritura ibérica. Dado su reducido tamaño, como podemos ver en la figura 23, no podemos identificar la forma a la que perteneció, pero es suficiente para determinar que se trata de una vasija pequeña, de borde exvasado, quizás una Forma 2 de la tipología de A. Castiella. Por gentileza del profesor Jürgen Urtermann, podemos decir que se trata del nombre de una persona ibérica que equivale a NALBaN Ke? Ba?, que recuerda al *Nalbeaden* (Turma Salluitana); *nalbesoin* (MLH C.1.6, Ampurias); *nalbetan* (plomo Marsal Ba1, Habis 29), por desgracia nuestro fragmento tiene una serie de rayas en la parte derecha de la palabra, que no permite ver con claridad si se trata de

te? o ke? o ba?, pero, pesar de las limitaciones, creemos que este fragmento constituye un testimonio más del empleo de escritura ibérica, que incorporamos a los ya conocidos en la zona, a partir de ahora serán los especialistas en este campo quienes puedan determinar si este antropónimo esconde otro mensaje.

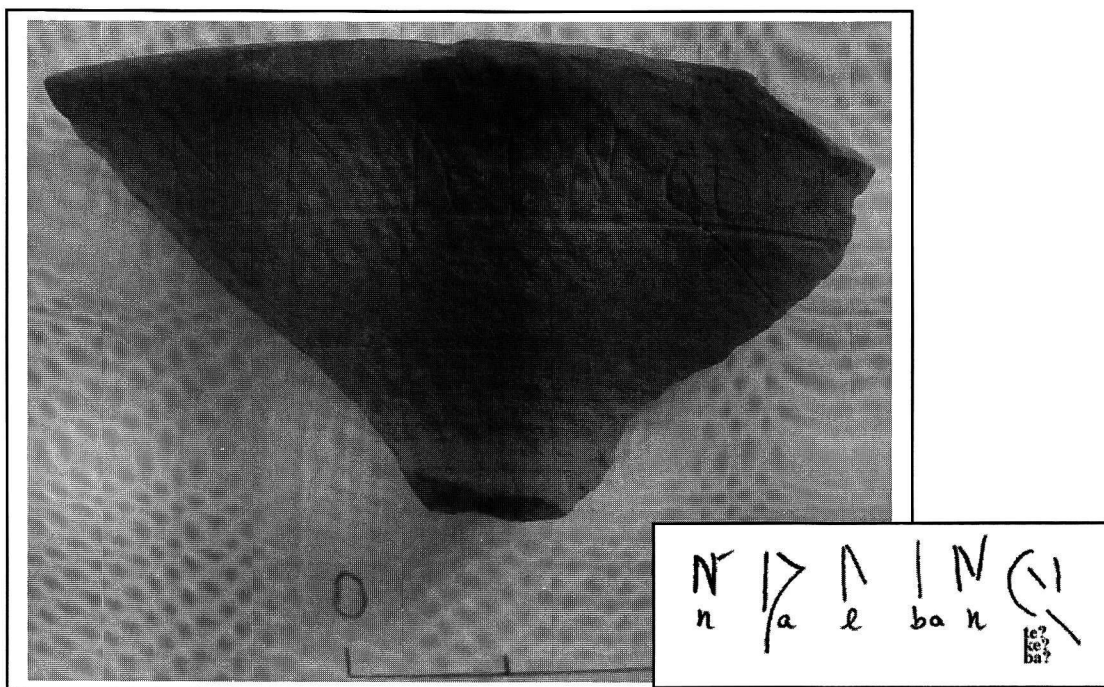


Figura 23.- Detalle de la inscripción ibérica en un fragmento de borde.

La producción de **la I Edad del Hierro** está muy bien representada en las dos variedades que se modeló: superficie exterior pulida y sin pulir.

Por las razones que fueran, algunos de estos recipientes, como ya dijimos, fueron restaurados en su momento y ello nos ha permitido disponer de una rica variedad formal que ya estudiamos años atrás. Reproducimos los perfiles que entonces hicimos, en la figura 24 y añadimos ahora otras piezas y fragmentos que completan el estudio.

Comenzaremos por la variedad pulida, vemos que están presentes las tazas, ollas de varios tamaños, escudillas, fuentes, y tapas que reproducimos en las figuras 25 a 33.

Este conjunto es un exponente claro de que se recuperaron un número elevado de vasijas, muchas de ellas bastantes completas, hecho que animó a sus excavadores a realizar la tarea de su restauración. De este modo podemos comprobar que se trata de recipientes propios del momento, en los que es frecuente una abundante variedad formal, que requerían los distintos fines caseros: la vajilla de mesa, se modela en tamaño pequeño/mediano, tales como tazas, cazuelas, y ollas que hemos reunido en la figura 25, o fuentes con asa, escudillas con pie desarrollado y cuencos y ollitas de tamaño muy pequeño, que junto a una tapa, podemos ver en la figura 26, mientras que otros recipientes, con fines de almacenaje, tienen un tamaño superior, mediano /grande, como podemos ver en la figura 24.

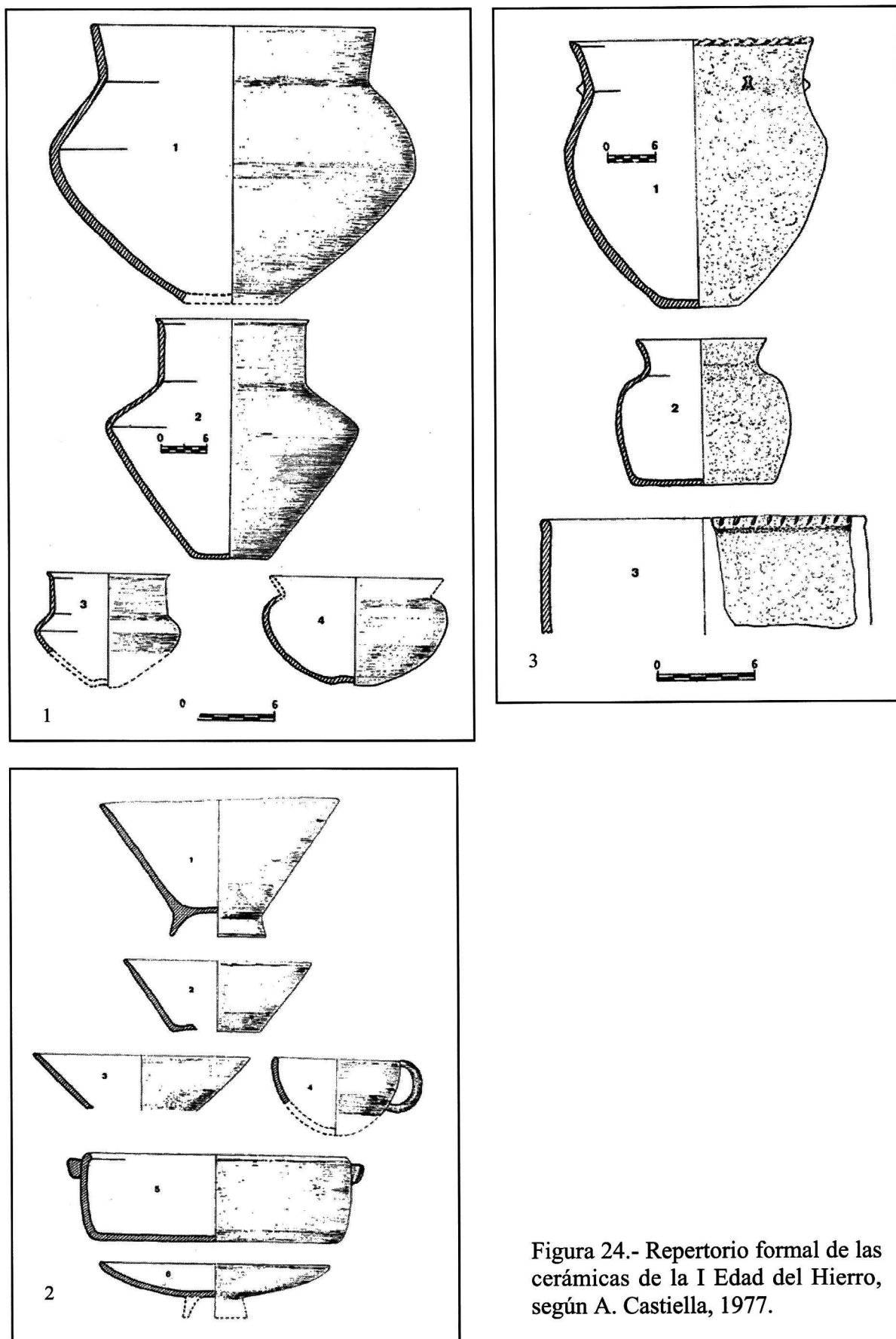


Figura 24.- Repertorio formal de las cerámicas de la I Edad del Hierro, según A. Castiella, 1977.



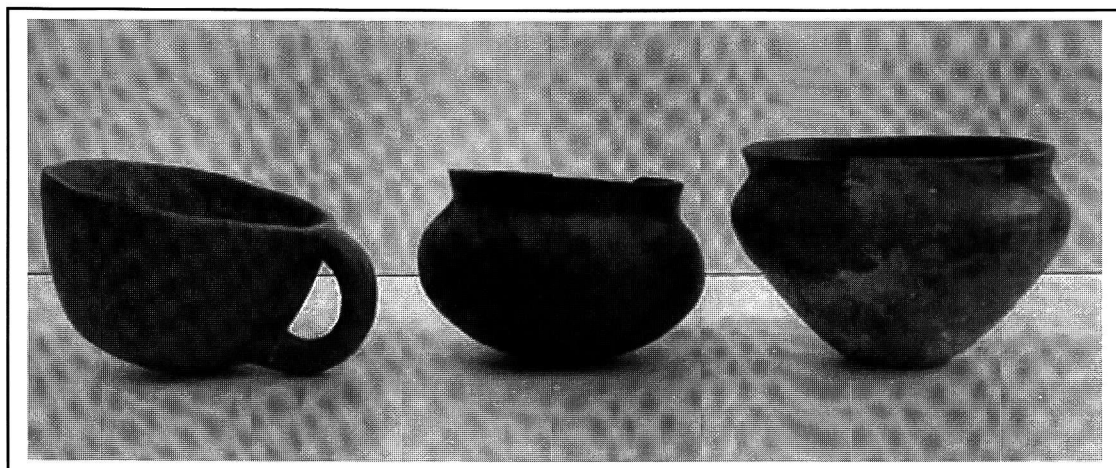


Figura 25.-Taza y ollitas en las que se aprecia bien la parte añadida en la restauración.



Figura 26.- En este grupo podemos ver una fuente con potente asa, escudilla, cuenco, ollita y tapadera

Las ollas presentan una variedad formal propia de un recipiente que se requiere para usos varios, así lo podemos comprobar en las figuras 25 a 28. Otro tanto ocurre con formas como los platos y fuentes que pueden tener distintos tamaños, y en el caso de las fuentes con asa como el ejemplar que veíamos en la figura 26, o sin ella, como en la figura 27.

Las tapas son también muy frecuentes y en este conjunto están representadas tanto con pomo, como el ejemplar de la figura 26, como con un orificio central, figura 29.



Figura 27.- Fuente y ollas de distintos tamaños, una vez restaurados.

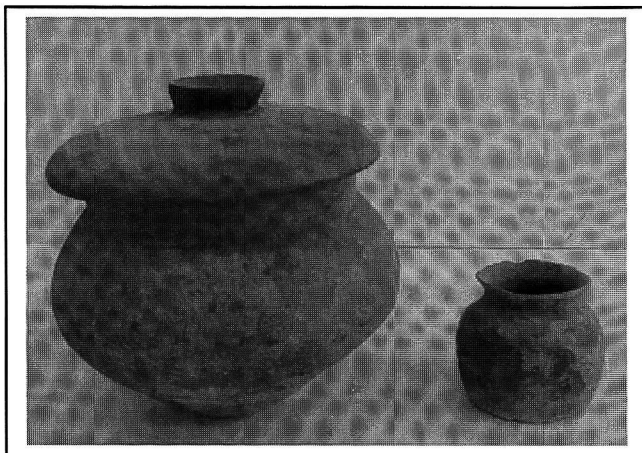


Figura 28.-Ollas de distintos tamaños y tapadera.

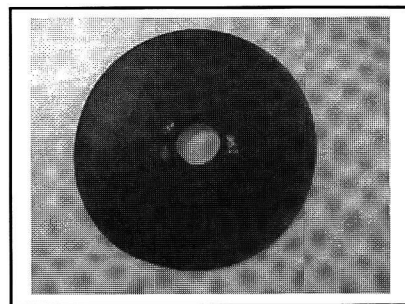


Figura 29.- Tapa perforada.

Los fragmentos de recipientes de esta variedad pulida son así mismo muy numerosos y como podemos ver en la figura 30, corresponden a piezas cuyas formas son similares a las que fueron restauradas y hemos reproducido en estas páginas.

Los más frecuentes cabe identificarlos con la escudilla o la tapa; hemos visto que ambas formas se encuentran ampliamente representadas. Cuando se puede completar su perfil, como hicimos al estudiar el material en 1977, advertimos que se encontraban, en el caso de las escudillas, ejemplares de fondo plano y con pie, ahora, entre los fragmentos no es fácil la diferenciación entre escudilla y tapa salvo que sean de tamaño suficiente, cosa que no ocurre como podemos ver en la figura 30.

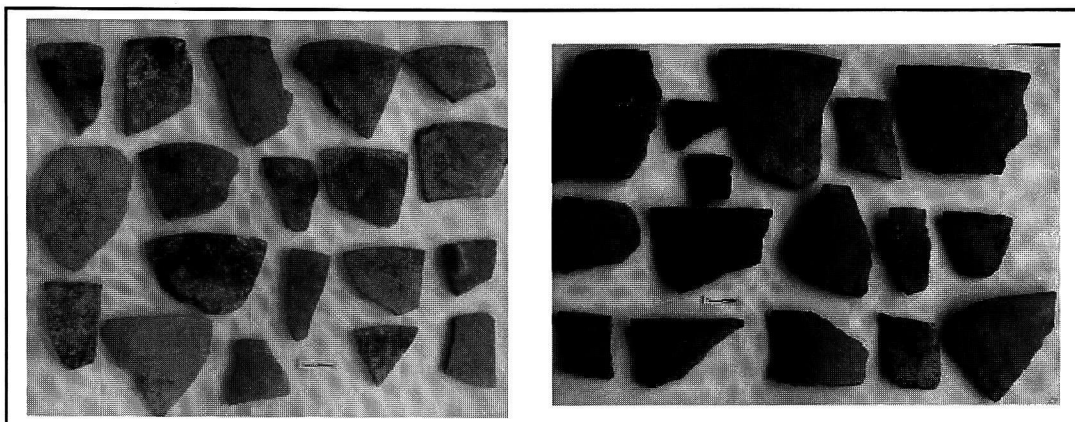


Figura 30.- Bordes de escudillas o tapas.

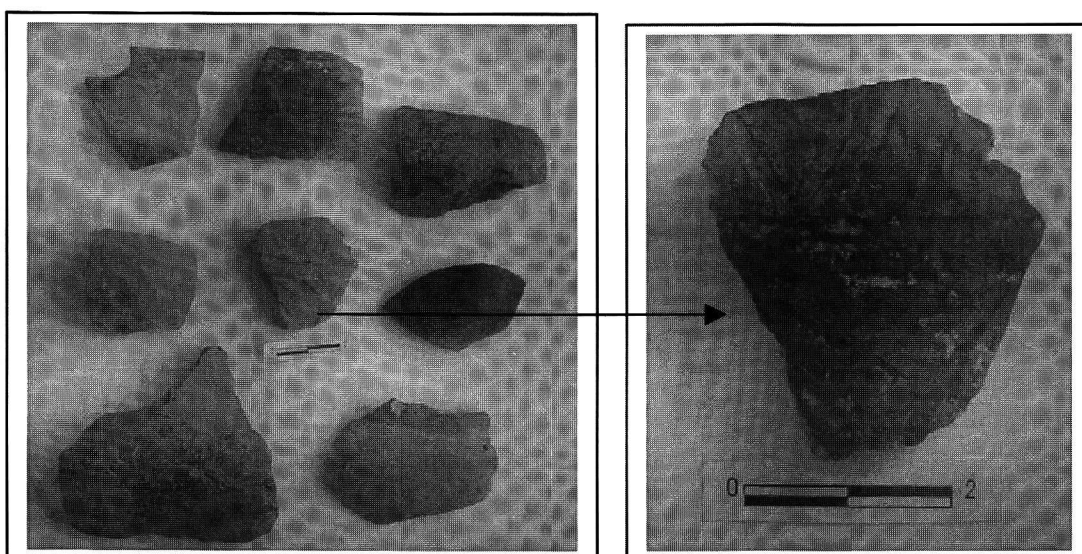


Figura 31.-Fragmentos de ollitas pequeñas de superficies pulidas.

Entre los fragmentos se encuentran también los correspondientes a pequeñas ollitas, tal como reproducimos en la figura 31. Podemos advertir, en dos de ellos, decoración de acanalados: el segundo fragmento de la primera fila, corresponde a la parte del cuello de un recipiente mediano/pequeño, zona que fue decorada con suaves acanalados, paralelos al borde, que no se conserva, mientras que el otro fragmento, colocado justo debajo, y en solitario en la figura adjunta, ostenta un motivo geométrico que en lo conservado vemos que a partir de líneas paralelas se apoyan otras en dirección oblicua que componen un motivo que no podemos completar.

Por último nos referiremos a varios fragmentos, recogidos en la figura 32 que pudieron corresponder a la Forma 13, recipiente de gran tamaño al que nos hemos referido páginas atrás. Por tanto, al finalizar el estudio de esta variedad cerámica, podemos decir que entre los fragmentos, se encuentran las mismas formas, que por estar más completas fueron restauradas, trabajo que nos permite verlas en su totalidad; a falta

de una restauración, de los fragmentos estudiados, hemos reproducido en la figura 33 sus perfiles.

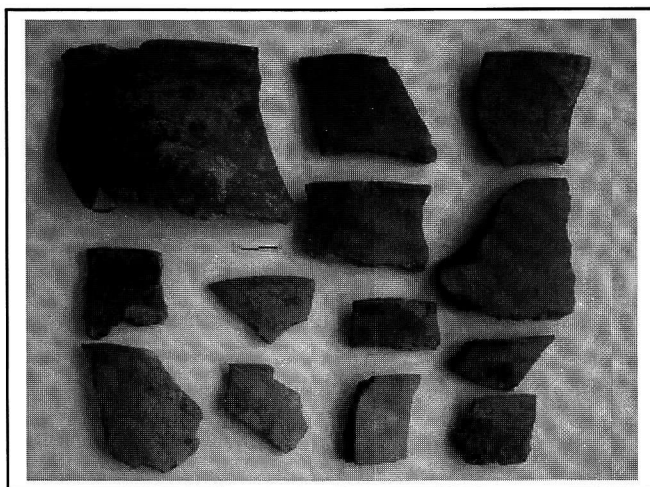


Figura 32.- Fragmentos de bordes de vasijas de distintos tamaños alguno de ellos de la Forma 13.

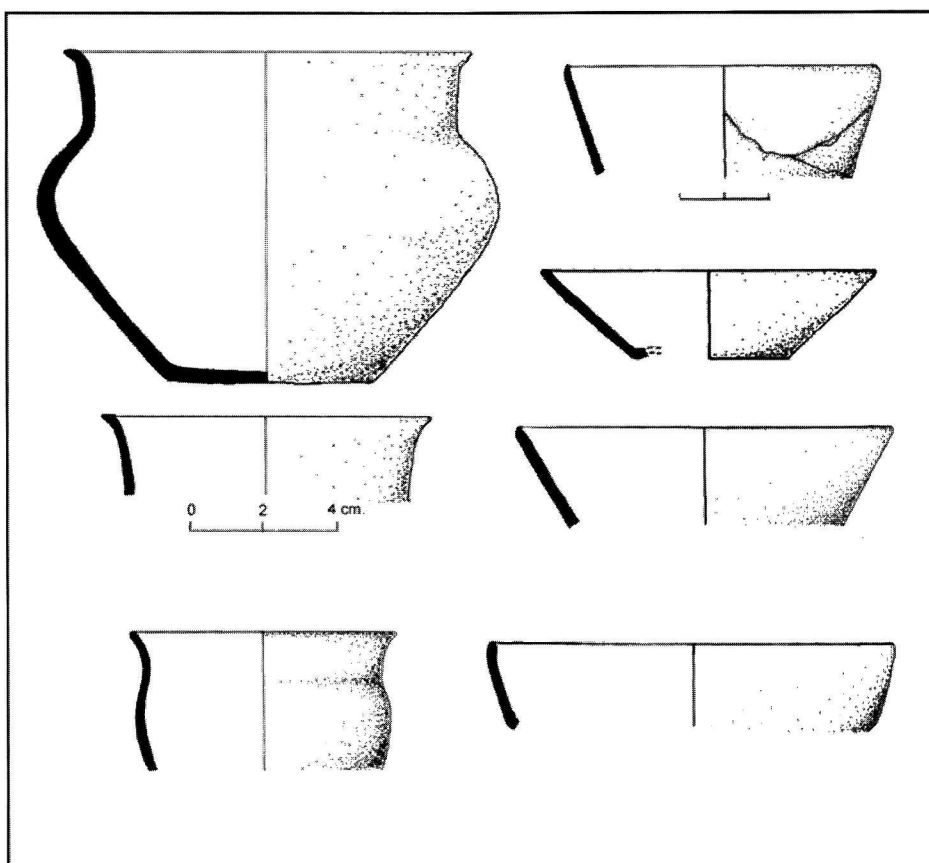


Figura 33.- Formas correspondientes a los fragmentos pulidos estudiados.



La variedad sin pulir está bien representada aunque, contra lo que suele ser habitual, en este caso es más escasa en número que la pulida, otra prueba más de la selección llevada a cabo pues, con toda seguridad, la consideraron más basta y no les interesaba recogerla.

Se recuperó, no obstante, una vasija, Forma 1 de la tipología de Castiella cuyo aspecto podemos ver en la figura 34 y 24; está prácticamente completa, circunstancia que puede indicar que el nivel donde se encontró podía estar bastante intacto, no es un material propio del abandono de un lugar de modo paulatino.

A pesar de la escasez de fragmentos disponibles, hemos identificado las formas más frecuentes de esta variedad, desde la citada vasija de la Forma 1, representada también en otros fragmentos, como podemos ver en la figura 35, hasta recipientes com-

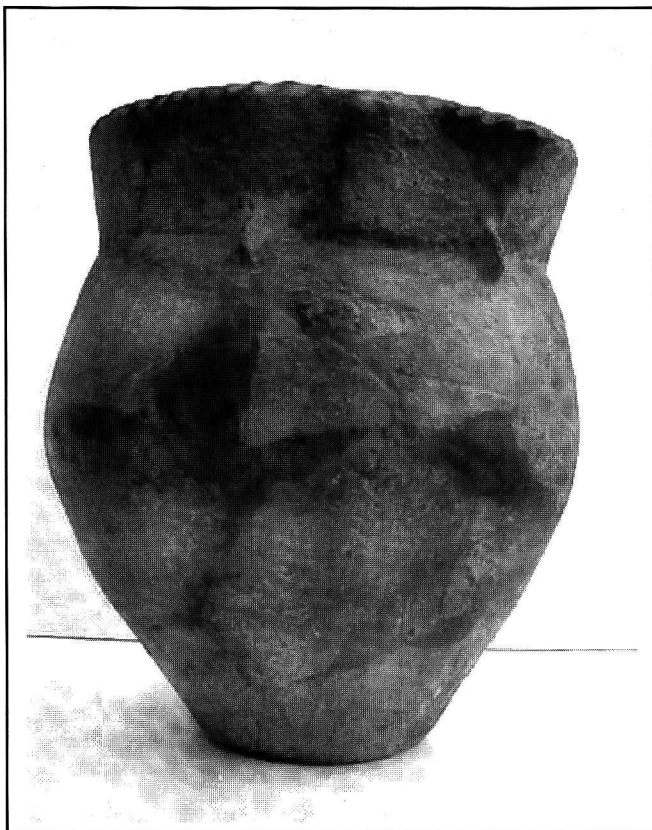


Figura 34.- Vasija de la Forma 1. Según Castiella.

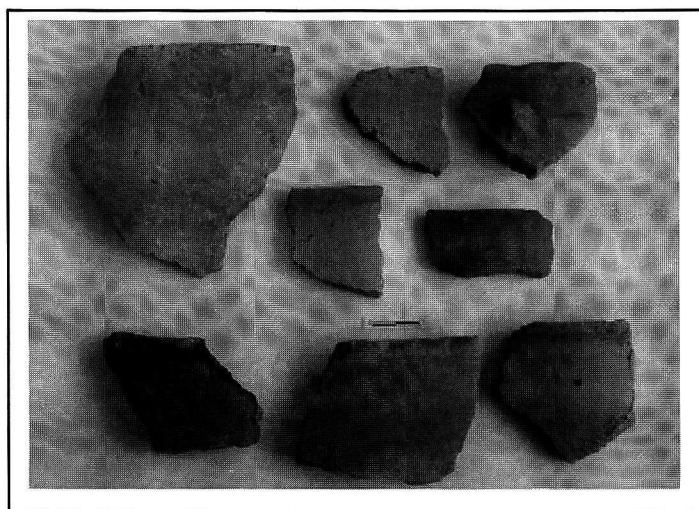


Figura 35.- Fragmentos de bordes de la Forma 1.



pletos que reproducimos en la figura 36 en las que es difícil apreciar sus características técnicas por el impacto producido al ser manipuladas para su recuperación, pero que podemos atribuir a la Forma 5 y 6 respectivamente.



Figura 36.- Vasijas restauradas, recuperadas en El Castejón, 1946.

Los fragmentos de la variedad sin pulir no son muy numerosos, pero si significativos ya que encontramos representados distintos tratamientos de las superficies y modos decorativos, habituales en esta variedad cerámica, como podemos comprobar en la imagen de la figura 37, en la que advertimos un fragmento con decoración de impresión digital directamente sobre la pared, que señalamos con una flecha, y junto a él un fragmento de borde con decoración incisa en el mismo borde; el fragmento de borde marcado con un pequeño punto, la incisión sobre cordón se aplico en la zona del cuello.

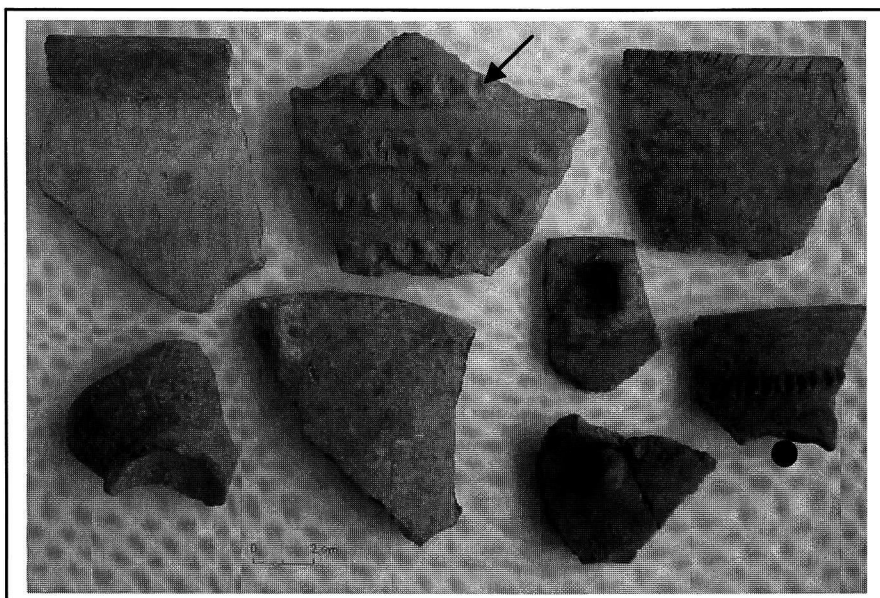


Figura 37.- Fragmentos de recipientes de paredes sin pulir y pulidas.

Los fondos son también los habituales en esta variedad, con un predominio casi exclusivo de los planos como podemos comprobar en la figura 38.



Figura 38.- Fondos planos de recipientes sin pulir de El Castejón.

## B.- Metálico

Dentro de este apartado podemos diferenciar las piezas realizadas en bronce y las de hierro. Las primeras son piezas de adorno y monedas mientras que el hierro fue empleado para herramientas, en ambos casos de cronología romana.

Las dos fíbula conservadas son de diseños conocidos, una es de charnela tipo Aucissa, figura 39, que con frecuencia se recupera en zonas de asentamientos militares romanos y se les atribuye una cronología del siglo I a.C., la otra es de tipo Omega,

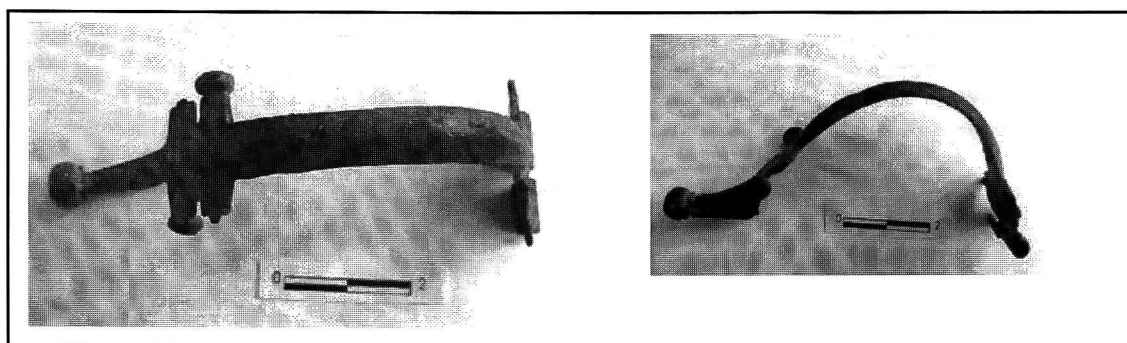


Figura 39.- Fíbula tipo Aucissa.



Figura 40.- Fíbula tipo Omega, monedas ilegibles y otros fragmentos.

como podemos ver en la figura 40, tipo frecuente en Hispania a partir del 133 a.C. Las monedas se encuentran en un lamentable estado y no permite conocer ningún dato sobre ceca de emisión, fecha etc. Son válidas como testimonio que atestigua el empleo monetar en este lugar en fechas tempranas de la romanización, pero no sabemos si se trata de piezas indígenas o romanas.

En el caso de los fragmentos de hierro son mas bien trozos informes de este metal que piezas reconocibles, salvo un clavo señalado con un circulo negro y dos masas de escorias que señalamos con una flecha.

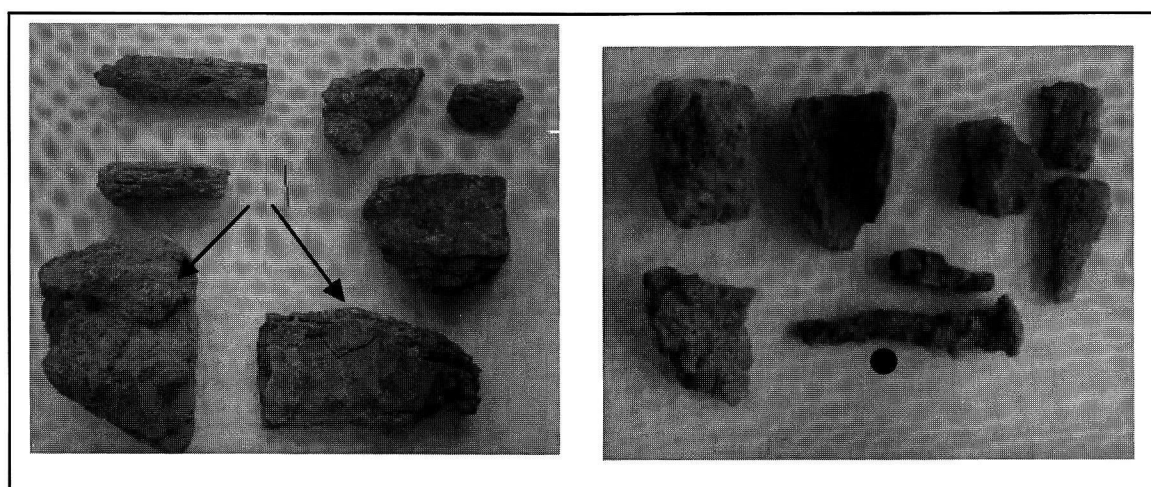
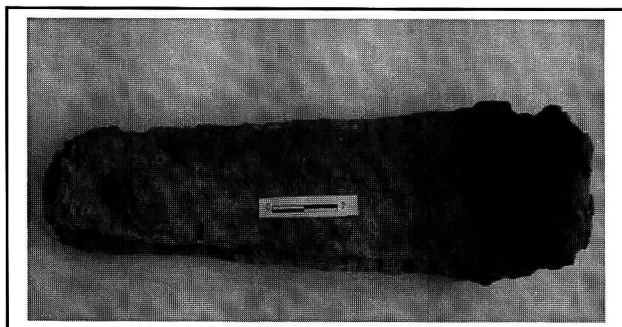


Figura 41.- Fragmentos informes de hierro en los que se diferencia un clavo y masas de escoria.



No sabemos a que pieza puede corresponder la representada en la figura 42 cuya morfología recuerda a la parte cortante de una azada

Figura 42.- Pieza de hierro.

### C.- Lítico

La piedra es una materia prima que se utiliza en todas las épocas, "las piezas" que ahora vamos a considerar no tienen una cronología exclusiva de alguna de las etapas que estamos considerando, pues se usaron tanto en la Edad del Hierro como en época romana. Se trata en el caso de las llamadas "piedras de afilar", de acomodar el canto de río que se elige, de tal modo, que reúna las condiciones adecuadas para que puedan ser utilizadas en ese menester y para otros muchos usos, que la irían deformando, por eso, es habitual el recuperarlas en contextos de habitación, durante un largo periodo temporal. Como podemos ver en la figura 43, su morfología es variada dentro de una tendencia alargada.

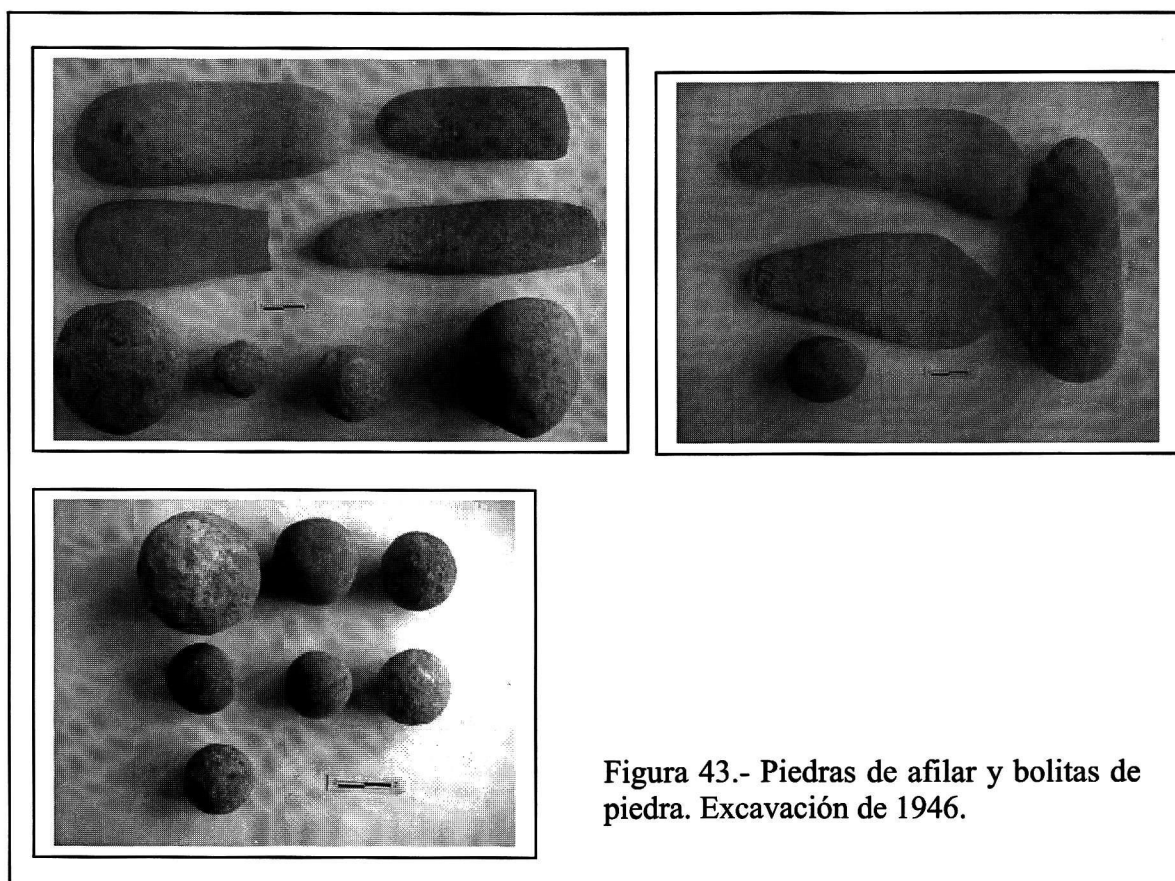


Figura 43.- Piedras de afilar y bolitas de piedra. Excavación de 1946.



Otras piezas frecuentes son las “bolitas” realizadas en distintos tipos de piedras y en tamaños diferentes. Las encontramos tanto en el ajuar de la Edad del Hierro como en época romana. No vamos a entrar en consideraciones sobre su uso y función pues se desconoce el lugar exacto donde se encontraron y esa circunstancia no permite hacer afirmaciones que no sean mas que meras elucubraciones.

Por último nos referimos a una pieza singular, por el hecho de tener una perforación, tal como podemos ver en la correspondiente figura 44. Parece que a partir de un canto de río, de morfología adecuada, se modeló esta pieza en la que se realizó una perforación. Por desgracia, no sabemos ni el tamaño total de la pieza, ni su forma definitiva, la parte conservada, nos induce a considerarla como un posible colgante pero la verdad es, que tal apreciación, es mera conjetura.

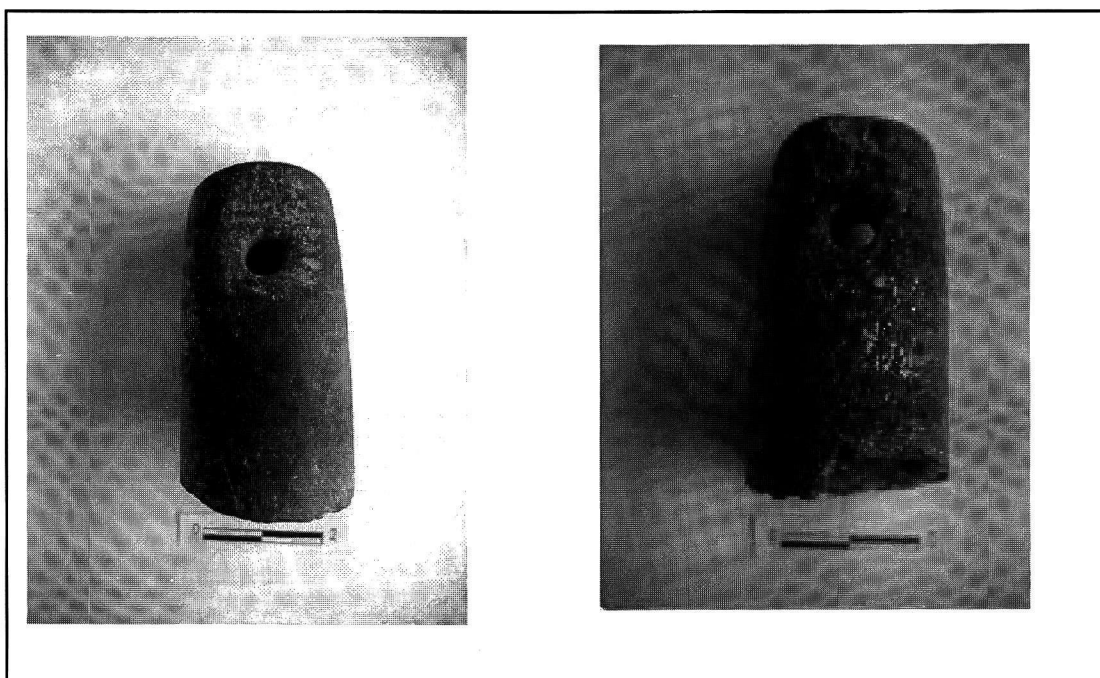


Figura 44.- Perforación realizada en un posible canto de río acondicionado como colgante.

## 5.- Valoración

Terminada la relación de los datos proporcionados por la excavación llevada a cabo en el año 1946, y después de estudiarlos de nuevo, nos preguntamos ¿ qué podemos aportar a lo dicho entonces?, ¿ de qué ha valido este volver a estudiar lo ya estudiado? y las respuestas a estas cuestiones no son tan fáciles, pues aunque hemos podido acceder a los materiales, ello ha servido para constatar que lo recuperado no fue todo lo exhumado, que en su momento, Blas Taracena y Luis Vázquez de Parga, estudian la mayoría de los materiales conservados, pues la selección la habían hecho en la propia excavación. Por tanto trataremos de interpretar los mismos datos con alguno más, pues siempre hay alguna recompensa al esfuerzo realizado y en este caso es el



hallazgo del borde cerámico con inscripción ibérica que les pasó inadvertido, y el tener claro que se produjo una selección del material.

En primer lugar nos fijaremos en la situación de este lugar: el pequeño cerro, a unos seis kilómetros del cauce del Ebro, reunía todos los requisitos que las gentes de la Edad del Hierro y los romanos buscaban para el emplazamiento de un habitat. Para los primeros, la cercanía a un importante curso de agua, fue un factor determinante al que se sumó sin duda el hecho de tener unos terrenos en su entorno aptos para el desarrollo de la agricultura y ganadería. Además el río es una de las vías de comunicación más importante del momento. Por el Ebro van a llegar las novedades culturales que se están produciendo en Europa, y alcanzarán estas latitudes, a través de los distintos enclaves que van ocupándose a su vera a lo largo de su recorrido. Para los romanos seguirá siendo un lugar clave, desde allí tienen asegurado el control de la vía que transcurre en proximidades.

El material que se recuperó podemos calificarlo de rico en los niveles fundacionales del asentamiento, I Edad del Hierro, aunque se reducen a elementos cerámicos; son claramente más pobres en la II Edad del Hierro y en lo romano. Si hemos de juzgar la importancia de un lugar por estos datos, es decir por el ajuar que nos ha llegado, tendremos que reconocer en consecuencia que estamos ante un enclave pequeño y de escasa significación, que desempeñó su actividad en relación con otros núcleos, más o menos próximos, y que tenía un emplazamiento que podemos calificar de estratégico.

La superficie excavada fue poca respecto a la superficie total del lugar, y las zanjas se abrieron de manera aleatoria: donde afloran unos restos de muro; en la plataforma superior; a niveles más bajos....y los restos constructivos encontrados son tan escasos que no permiten determinar si hubo ordenación urbanística en ninguna de las etapas de ocupación detectadas.

Venimos repitiendo que el nivel inicial, correspondiente a la **I Edad del Hierro** es el que mayor número de datos ha proporcionado. Por lo que respecta al urbanismo, solo puede determinarse que levantaron sus casas de planta rectangular y que para ello emplearon muros de adobe y la madera del lugar, olmo, pero no sabemos nada respecto a su distribución.

El ajuar utilizado que ha llegado hasta nosotros es solo cerámico y este es tan abundante que animó a los responsables de la excavación a que fuera restaurado para así poder exhibirlo en las correspondientes vitrinas del museo de la capital. No ofrece diferencias con otros conjuntos del momento en cuanto a los galbos diseñados, o a las decoraciones aplicadas, pues están presentes los grandes recipientes de almacenaje y los de tamaño medio y pequeño tanto en superficies pulidas como sin pulir pero en este caso los recipientes no fueron decorados, tan solo en dos pequeños fragmentos hemos encontrado evidencias de esta acción. Años atrás consideramos que la ausencia de decoración en las vasijas pulidas indicaba ya los últimos momentos de la producción manufacturada, quizás aquí se cumple este pronóstico y es el preludio de la utilización de una nueva vajilla realizada a torno que sirve para considerar que sus gentes van asimilando la cultura que caracteriza a la II Edad del Hierro.

**La II Edad del Hierro**, está muy escasamente representada en esta secuencia de El Castejón. Este hecho no debe extrañarnos pues en otros muchos lugares de nuestra geografía, hemos podido advertir el mismo hecho, escasez de cerámica torneada, y ha sido justificado por tratarse de una cerámica, industrializada, que en los momentos iniciales, al menos, tiene que ser comprada en los talleres más o menos próximos a los mercaderes, lo que requiere un desembolso mayor que si el recipiente se adquiere a los alfareros locales o los hace uno mismo, por tanto de no ser un núcleo rico, la cerámica manufacturada puede estar presente hasta prácticamente la llegada de los romanos. Esta etapa de la II Edad del Hierro queda documentada, en el caso que nos ocupa, por un lote reducido de fragmentos cerámicos. En ellos se advierte un predominio de piezas sin decorar y lo decorado, se reduce a tres pequeños fragmentos que llevan una sencilla composición que resulta hasta rica respecto a otros conjuntos. De interés especial es el fragmento de borde con el grafito de signos ibéricos que pone en evidencia la iberización de la zona. Por tanto hemos de pensar que en El Castejón vivía un grupo de gente, más o menos numerosos, cuya economía no les permitía disponer de los recipientes torneados.

**La ocupación romana** fue un hecho en este lugar, pero dada la escasez e incluso ausencia de algunos elementos constructivos como las tégulas, tan abundantes en las ruinas de un lugar romano, nos lleva a pesar que al ser un material poco significativo, quizás no lo recogieron, sí lo hicieron con un fragmento de ladrillo que nos indica que al menos en alguna de las estancias se empleó este tipo de pavimento, pero no hay resto alguno de *tesellas*, ni ningún otro elemento constructivo, que indique cierto confort. Los restos de muros son también escasos, permiten determinar el trazado de algunas estancias levantadas con piedra del lugar, pero tampoco hay alusión a posibles revestimientos murales que nos indicarían un cierto nivel de bienestar.

En cuanto al ajuar hemos visto que es muy escaso, y una vez más es la cerámica el elemento más abundante, que en su escasez, nos permite ver que están representadas las variedades más características. Se documenta la producción pigmentada; fragmentos de *sigillata* del siglo I, hasta tardíos del siglo IV y en menor número las variedades común y vulgar ( que con seguridad no consideraron de interés recogerlas).

Las escasas piezas metálicas de este momento se reducen a pocas monedas de datación imposible y dos fibulas de cronologías tempranas, este dato junto al ajuar cerámico también con predominio de piezas de los primeros siglos nos está indicando una ocupación temprana del lugar.

Podemos considerar que en época romana, los restos que ahora valoramos corresponden a un lugar, de tamaño medio que ejerce el control en esta importante zona de paso. El Castejón, está a corta distancia de la torre de vigilancia que probablemente levantaron en Valtierra y sus restos aún están visibles y se conocen con el nombre de La Torraza. Es precisamente en este punto donde está también documentada una de las necrópolis, Campo de Urnas, conocida en Navarra, se da en este punto el mismo hecho de la perduración ocupacional y es que ambos enclaves son fundamentales en el control de la vía de paso que transcurría paralela al Ebro por su orilla derecha.

Uno de nosotros, en un reciente trabajo sobre los caminos romanos en Navarra considera que por Castejón y Valtierra pasaba un camino que enlazaba *Cara* con

Tudela, es un puesto más en la red de caminos que a lo largo de la romanización fueron abriéndose en Navarra (Castiella, A. 2000).

### **III) .- LA NECRÓPOLIS**

#### **1.- Introducción**

Cuando Blas Taracena y Luis Vázquez de Parga llevaron a cabo la intervención arqueológica en el poblado que acabamos de describir, pudo ser que recorrieran las zonas próximas en la búsqueda del lugar donde enterraron a los muertos, pero éste, les paso inadvertido, bien por estar oculto por la vegetación esteparia que cubre la zona o quizás, porque centraron sus esfuerzos en zona llana y no en la cumbre amesetada de este cerro próximo.

Pasados unos años, en 1986 y una vez más por el azar, en esta ocasión ayudado por la reja del arado, salen a la luz restos de fragmentos cerámicos y algo de metal en una tierra rojiza y grisácea, que se encuentra en una planicie ubicada en un cerro próximo. Tales datos permiten identificar el lugar como correspondiente a una necrópolis de la Edad del Hierro.

Llegan primero los buscadores de tesoros, pero los profesionales del lugar, pertenecientes al “Centro de Estudios Merindad de Tudela” se dan cuenta del peligro que corren los restos, y solicitan a las autoridades correspondientes el permiso preceptivo para intervenir por la vía de urgencia. Bajo la dirección de uno de los firmantes, J. J. Bienes, se llevaron a cabo tres cortas campañas de excavación: en 1989, del 1 al 14 de octubre; 1990, del 12 de agosto al 22 de septiembre y en 1994, del 17 de septiembre al 14 de octubre. Este grupo ha realizado el trabajo de campo y el lavado y siglado de todo el material y creemos de justicia que en estas páginas quede constancia de sus nombres; como licenciados: Blanca del Real Izquierdo, Carmen Zamora Esteban, Beatriz Blanco Ariza, M<sup>a</sup> Cruz Pérez Omeñaca, Fernando Ibáñez García y José Ángel García Serrano y colaboradores: M<sup>a</sup> José Serrano Esteban, Fátima Bermejo Villanueva, José M<sup>a</sup> de la Osa López, Lourdes Luzán Aguado, Leticia Pérez Luzán, Fermín García Díaz y Alejandro García Labayen.

El estudio del material recuperado se ha realizado en el Área de Arqueología de la Universidad de Navarra, por A. Castiella, y ha servido como material de prácticas para alumnos de ultimo curso de carrera. En esta etapa ha colaborado de una manera muy destacada el licenciado Javier Tajadura Martínez y los alumnos: Zuberoa Aznárez Mauleón, Nuria de los Reyes Sainz, Amalia Pascual Sánchez, Amaya Rivero García, Berta Santaolalla Marcilla y Cristina Sola.

En la descripción del mismo comenzaremos por el estudio de los materiales procedentes de los niveles superiores: nivel A y B para después proseguir, de manera individualizada, con cada uno de los enterramientos excavados que suman un total de 87 lugares repartidos: 74 en el nivel C y 13 en el nivel D.